

JAVIER OSÉS, OBISPO EN EL POSCONCILIO.
UNA MANERA DE CONCEBIR LA VOCACION SOCIAL DE LA IGLESIA

Pablo Martín de Santa Olalla Saludes
Universidad Autónoma de Madrid

Se cumple a finales de este año cuatro décadas de la llegada de Javier Osés a la diócesis de Huesca como Obispo auxiliar: menos de una década después, era ya el titular de ésta. Y no la abandonaría ya hasta su jubilación como obispo, jubilación que tuvo lugar al cumplir los setenta y cinco años (agosto de 2001). Durante aquel tiempo Osés impregnó al obispado altoaragonés de un marcado sentido social, dejando una impronta que el tiempo no sólo no ha borrado, sino que incluso le ha permitido ser recordado con cada vez mayor afecto. No es intención del estudio que se presenta el llevar a cabo una historia de su labor episcopal en Huesca, para lo que ya tuvimos ocasión de publicar hace dos años una obra de carácter monográfico¹. Dado que el Congreso en el que se ubica la presente comunicación se centra en los movimientos sociales, hemos querido ofrecer una visión desde la Iglesia, y qué mejor, en ese sentido, que dar a conocer las bases fundamentales de un pensamiento tan marcadamente social como el de Javier Osés.

Evidentemente, Javier Osés fue hijo de su tiempo, y, por tanto, pudo contemplar en primera persona el profundo cambio social que vivió España durante su larga vida. El hecho de haber nacido en una tierra rica (Navarra, concretamente en Tafalla, localidad situada en la ribera del Ebro), no le había impedido percatarse de las profundas diferencias sociales en un país donde la clase media era en ese momento muy débil. Parece difícil negar hoy en día que a lo largo de la Guerra Civil española (e incluso antes) se había puesto de manifiesto un profundo odio de clase, un odio que era producto, entre otras razones, del secular atraso del país y que la ausencia de profundas reformas estructurales. El resultado había sido un país con grandes desigualdades en todos los órdenes, lo que haría nacer en Osés una profunda sensibilidad social que se pondría de manifiesto durante sus años como obispo en Huesca.

La vocación social de Javier Osés no nacía sólo de una evidente sensibilidad personal de un hombre que se caracterizó toda su vida por una gran rectitud y una

¹ *Javier Osés. Un obispo en tiempos de cambio*, Huesca, Instituto de Estudios Altoaragoneses, 2007.

profunda generosidad hacia los demás. Era también fruto del mayor acontecimiento eclesial de todo el siglo XX, el Concilio Vaticano II (octubre de 1962-diciembre de 1965), del que Osés era, desde el punto de vista episcopal, una “digna criatura”: había sido nombrado obispo en el inmediato Posconcilio (concretamente en noviembre de 1969), y en total sintonía con éste ejercería todo su magisterio episcopal. Desde esa perspectiva, posiblemente el documento conciliar que más debió influir en él fue la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (diciembre de 1965), en la que se afirmaban cuestiones tan importantes como éstas:

(...) Jamás el género humano tuvo a su disposición tantas riquezas, tantas posibilidades, tanto poder económico. Y, sin embargo, una gran parte de la humanidad sufre hambre y miseria y son muchedumbre los que no saben leer ni escribir. Nunca ha tenido el hombre un sentido tan agudo de su libertad, y entretanto surgen nuevas formas de esclavitud social y psicológica.

(...) Las naciones en vía de desarrollo, como son las independizadas recientemente, desean participar en los bienes de la civilización moderna, no sólo en el plano político, sino también en el orden económico, y desempeñar libremente su función en el mundo. Sin embargo, está aumentando a diario la distancia que las separa de las naciones más ricas y la dependencia incluso económica que respecto de éstas padecen. Los pueblos hambrientos interpelan a los pueblos opulentos.

(...) aunque existen desigualdades justas entre los hombres, sin embargo, la igual dignidad de la persona exige que se llegue a una situación social más humana y más justa. Resulta escandaloso el hecho de las excesivas desigualdades económicas y sociales que se dan entre los miembros y los pueblos de una misma familia humana. Son contrarias a la justicia social, a la equidad, a la dignidad de la persona humana y a la paz social e internacional.

(...) no faltan motivos de inquietud. Muchos hombres, sobre todo en regiones económicamente desarrolladas, parecen garza por la economía, de tal manera que casi toda su vida personal y social está como teñida de cierto espíritu economista tanto en las naciones de economía colectivizada como en las otras. En un momento en que el desarrollo de la vida económica, con tal que se le dirija y ordene de manera racional y humana, podría mitigar las desigualdades sociales,

con demasiada frecuencia trae consigo un endurecimiento de ellas y a veces hasta un retroceso en las condiciones de vida de los más débiles y un desprecio de los pobres. Mientras muchedumbres inmensas carecen de lo estrictamente necesario, algunos, aun en los países menos desarrollados, viven en la opulencia y malgastan sin consideración. El lujo pulula junto a la miseria. Y mientras unos pocos disponen de un poder amplísimo de decisión, muchos carecen de toda iniciativa y de toda responsabilidad, viviendo con frecuencia en condiciones de vida y de trabajo indignas de la persona humana.

(...) Quien con obediencia a Cristo busca ante todo el reino de Dios, encuentra en éste un amor más fuerte y más puro para ayudar a todos sus hermanos y para realizar la obra de la justicia bajo la inspiración de la caridad².

El otro gran punto de referencia para Javier Osés era la encíclica *Populorum progressio* (marzo de 1967), hecha pública bajo el pontificado de Pablo VI. En dicha encíclica se exigía la fraternidad de los pueblos, un deber que concernía, en primer lugar,

(...) a los más favorecidos. Sus obligaciones tienen sus raíces en la fraternidad humana y sobrenatural y se presentan bajo un triple aspecto: deber de solidaridad, en la ayuda que las naciones ricas deben aportar a los países en vías de desarrollo; deber de justicia social, enderezando las relaciones comerciales defectuosas entre los pueblos fuerte y débiles; deber de caridad universal, por la promoción de un mundo más humano para todos, en donde todos tengan que dar y recibir, sin que el progreso de los unos sea un obstáculo para el desarrollo de los otros. La cuestión es grave, ya que el porvenir de la civilización mundial depende de ello.

(...) No se trata sólo de vencer el hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza, el combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión, o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada.

²Cfr. http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vatii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

(...) A cada uno toca examinar su conciencia, que tiene una nueva voz para nuestra época.

(...) La hora de la acción ha sonado ya: la supervivencia de tantos niños inocentes, el acceso a una condición humana de tantas familias desgraciadas, la paz del mundo, el porvenir de la civilización, están en juego. Todos los hombres y todos los pueblos deben asumir sus responsabilidades”³.

Los primeros pasos de un magisterio profundamente social

Muchos fueron los temas que Javier Osés pudo tocar a lo largo de sus más de treinta años como obispo en Huesca, así que trataremos de ser, dentro de un orden cronológico, lo más sistemáticos posibles. Así, uno de los primeros objetos de la sensibilidad social de Javier Osés fue el colectivo de los ancianos, que en España no era todavía muy grande dado que era un país joven pero en el que las políticas sociales no habían sido suficientemente desarrolladas y, por tanto, lo que ahora se denomina *tercera edad* se encontraba en aquel momento en una situación de desprotección, siendo fundamental, en ese sentido, el papel que ejercía el núcleo familiar. Aún recordando el papel que las instituciones públicas y privadas debían jugar en este terreno (a través, por ejemplo, de las residencias de ancianos), Osés consideraba que cada uno tenía la posibilidad de hacer algo por esos ancianos. Y lo primero que se podía hacer era mostrar afecto, respeto y comprensión hacia estos ancianos, para cual resultaba necesario salvaguardar el derecho de éstos a expresarle con libertad sobre lo que les atañía: no mostrar una actitud “paternalista” hacia ellos, sino darles lo que se les debía y merecían por los méritos realizados a lo largo de toda una vida⁴.

Si había ya una *tercera edad* cuyo crecimiento iba a ser un proceso imparable incluso en la propia España, había tiempo que había surgido un *tercer mundo* como consecuencia de la descolonización que había tenido lugar, fundamentalmente, a la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. Un *Tercer Mundo* que, desde el punto de vista de la entonces *guerra fría*, se caracterizaba por su deseo de no alinearse ni con el mundo capitalista (liderado por Estados Unidos) ni con el mundo comunista (encabezado por la Unión Soviética). Sin embargo, para Osés lo que más destacaba en

³Cfr.http://www.vatican.va/holy_father/paul_vi/encyclicals/documents/hf_pvi_enc_26031967_populorum_sp.html

⁴ Véase al respecto lo que escribió en el *Boletín Oficial del Obispado de Huesca* (en adelante *BOOH*), núm. 2, febrero de 1973, pág. 46.

aquel *Tercer Mundo* era la existencia de una serie de graves problemas estructurales (fundamentalmente socio-económicos, pero también políticos y culturales) que aún hoy en gran medida perviven. Manifestaciones de esos graves problemas eran, por ejemplo, el hambre, las enfermedades, la falta de recursos y muchas otras cuestiones básicas.

Ese *Tercer Mundo* fue siempre una constante preocupación sobre Javier Osés, pero quiso abordarlo expresamente cuando tuvo lugar la crisis del petróleo de 1973, una crisis que provocó importantes problemas en el hasta entonces próspero mundo occidental. Problemas que para Osés resultaban relativos en la medida que había otros países que nunca habían conocido lo que era la prosperidad. Siguiendo una constante (“las cosas gritan”), el prelado navarro se preguntaba cómo era posible que, habiendo tantos latifundios (algunos de ellos sin cultivar), pudiera haber tantos hombres que se vieran en la circunstancia de no poder hacerlos producir; cómo si el mundo de aquel momento era capaz de producir bienes abundantes, podía haber millones de personas muriendo de hambre; cómo habiendo sido capaz el ser humano de, a través de la ciencia, dominar la Naturaleza, podían existir muchos lugares del mundo donde se sufriera las consecuencias de los efectos de éstas cuando desataba su poder devastador; cómo podía ser que, mientras algunos carecían del mínimo para vivir, otros gastaran el dinero en elementos superfluos como las fiestas, la comida, la bebida o cualquier lujo doméstico; cómo habiendo siendo capaces de crear elementos que podían prestar un gran servicio a la sociedad (caso de la enseñanza o de las diversas instituciones), ésta no hacía uso de dicha posibilidad. De ahí que la solidaridad debiera ser tomada como referente fundamental en la actuación de todo ser humano. Osés no pudo ser más claro sobre el modo de vida del mundo más avanzado: “¿No podemos ser más austeros? ¿No debemos serlo?”⁵.

Y no había mejor opción que mirar hacia su propio interior y reconocer que, en el caso de la institución a la que dedicaría toda una vida de servicio (la Iglesia), se había caído más de una vez en la tentación de potenciar a unos aunque fuera a costa de olvidar a otros. Así se expresó en la primavera de 1977:

Con frecuencia nos hemos inclinado, hemos favorecido más a los que más pueden, a los que más saben, a los que más tienen, y hemos olvidado a los débiles y marginados del mundo y de la sociedad. Hemos discriminado.

⁵ *BOOH*, núm. 1, enero de 1974, pág. 25.

Y con frecuencia, también, hemos educado mal. Nuestras Instituciones han sido reproducciones de la sociedad clasista, y hemos educado para que esa juventud se integrase mansamente en la sociedad y siguiese sus pautas.

No hemos educado para ser Iglesia de Jesucristo, hombres de fe y de conciencia crítica, hombres libres y capaces de liberar. Creo que nuestra sociedad se ha mantenido y reafirmado en su injusticia estructural, porque nosotros hemos colaborado a ello. Hoy otras ideologías, la sociedad, la juventud, critican a la Iglesia. Recojamos la crítica en lo que tiene de verdad”.

Pero, al igual que Osés afirmaba que la Iglesia debía entonar el *mea culpa* por sus errores en el tema de la justicia social, era igualmente tajante cuando rechazaba cualquier adjudicación de culpa a Dios por las desigualdades en las que vivía la Humanidad. Eran los hombres, y sólo estos, los que habían creado la desigualdad, y ello era fruto de su codicia, de su vanidad y de otras debilidades propias de la condición humana:

Las gravísimas injusticias de nuestro mundo las podemos achacar, en parte, a la misma condición limitada del ser humano, pero, sobre todo, al mal uso de la libertad de decisión personal, pues la voluntad del hombre se pone contra Dios, a quien no obedece plenamente, sino que intenta supeditarle a su egoísmo y vanidad personales o a su esclavitud a un falso concepto de progreso que acentúa nuestro humano afán de poseer, prescindiendo del mandato divino del amor, el diálogo y el compartir con los demás⁶.

Volviendo a la realidad nacional, los años de la Transición a la democracia (noviembre de 1975-octubre de 1982) estuvieron marcados no sólo por el cambio político, sino también por una profunda crisis económica y social. Tan honda era la crisis que todas las fuerzas políticas y sindicales no tuvieron más remedio que sellar el 15 de octubre de 1977 un pacto ofrecido por el Gobierno que pasaría a la Historia de España como los *Acuerdos de la Moncloa*. Pero, más allá de lo que eran los acuerdos de Estado, y mientras la crisis existiera, cada español debía pensar en el resto de sus compatriotas. Es más, si España era un país de tan profundas raíces cristianas (una de las naciones más representativas dentro del catolicismo universal), entonces era el

⁶ *Nueva España*, 8-7-1984.

momento de demostrar que esa fe cristiana respondía a una auténtica creencia, y no a una mera tradición cultural o a una cuestión sociológica. En ese sentido, Osés pensaba que lo segundo pesaba en aquel momento más que lo primero, por lo que era el momento de convertirse y comportarse como auténticos cristianos. Así se expresó en la Semana Santa del año 1978:

A esta hora, todas las Iglesias de la nación, región, provincia, ciudad, están llenas. Una gran multitud comulgaremos. Esto es una realidad, un dato estadístico, sociológico, innegable. Otra realidad, dato estadístico también: más de un millón de parados en la nación. Y voces autorizadas nos dicen que este paro es necesario si queremos superar la crisis. Si es así, algo muy grave está sucediendo en nuestro sistema, en un mundo irónicamente llamado de desarrollo. ¿Por qué? ¿Por qué necesitamos un daño tan grave como es el paro y que recaer precisamente y más duramente sobre los más débiles de la sociedad? Y vosotros y yo vamos a comulgar en esta Misa. Es falsa la comunión si aquí hay hostias para todos, todos pacíficamente las comemos, pero luego nos quitamos unos a otros el pan, el trabajo, el medio de vida; en el fondo, la vida.

Nos lo quitamos y fomentamos el paro: cuando se subordina este gravísimo problema nacional a intereses de partido o sindicato, cuando debiera ser el problema político, sindical, prioritario; cuando gastamos inmoderadamente: cuando ocupamos dos o más puestos de trabajo que pudieran ser vida para otros; cuando por buscar nuevas seguridades para el futuro, se invierte en bienes improductivos, llámense obras de arte, joyas, en lugar de invertir, aun con riesgo, en bienes que den trabajo y produzcan⁷.

Aquella sociedad que superó una prolongada y grave crisis económica y social en un marco de cambio político acabaría dando lugar a otra nueva sociedad, un mundo donde las posibilidades de consumir aumentarían de manera muy sustancial. Cuando esta sociedad se encontraba todavía en sus inicios, Javier Osés quiso advertir sobre los peligros que se cernían sobre los españoles, y que quizá pueden resumirse en una idea fundamental: el consumo continuo lleva al hombre a generar nuevas necesidades que, en realidad, son totalmente ficticias, ya que no pasan de ser elementos meramente

⁷ *BOOH*, núms. 5 y 6, mayo-junio de 1978, pág. 85.

superfluos de los que se puede prescindir por completo⁸. Esto fue lo que escribió, en total sintonía con la ya citada *Populorum progressio*:

Nuestra sociedad de consumo busca, antes que nada, tener y mide el ser por el tener.

Esto lleva a nuestra sociedad a conseguir tal fin por todos los medios, incluso usando a las personas, por ejemplo, en la explotación del hombre por el hombre, en la explotación del sexo.

Esta sociedad ha dado origen al hombre consumista, producto de la sociedad de consumo, al que la propia sociedad, mediante una publicidad perfectamente organizada, va modelando.

Este hombre, así modelado, va creándose nuevas necesidades de manera que, para él, lo superfluo se convierte en necesario y lo necesario en indispensable: los fines de semana, los viajes, las vacaciones costosas, etc.

La sociedad así organizada va estableciendo unas leyes y unas actitudes propias, como son la ley del uso ilimitado del dinero, la del afán sin medida de tener más.

Esta sociedad constituye al yo personal en el centro de la vida, de manera que todo lo demás y todos los demás sean para mí.

Esta sociedad tan radicalmente egoísta que se destruye a sí misma, necesita un signo cristiano⁹.

Si había una desigualdad secular en la sociedad española, esa era la existente entre hombre y mujer. Aunque poco a poco se iba produciendo un progresivo acceso de las mujeres al mundo laboral, y eran cada vez mayores las cifras de las que decidían ir a la universidad, todavía el hombre ostentaba una muy importante preeminencia sobre la mujer. Ciertamente, en los últimos tiempos la situación había experimentado cambios,

⁸ Once años después, con motivo de la celebración de la Navidad, y por cierto recurriendo a un lenguaje nada habitual en él, pediría a todos los cristianos que mantuvieran unas fechas tan importantes como las que estaban a punto de vivir dentro de “(...) su más limpia autenticidad, libre de la escoria consumista y publicitaria con que, a veces, la envolvemos y desfiguramos”. *BOOH*, núm. 11 y 12, noviembre-diciembre de 1991, pág. 231.

⁹ *BOOH*, núm. 3 y 4, marzo-abril de 1980, págs. 81 y 82.

produciéndose una progresiva emancipación de la mujer, pero aún quedaba mucho camino por recorrer. De ello no escapaba la Iglesia Católica, y Osés, como persona con un puesto de gran relevancia en el seno de la Iglesia española, quiso recordar esta realidad a finales de 1980:

En la Iglesia, la mujer, y concretamente en nuestro caso la religiosa, debe encontrar un nuevo lugar.

Un lugar nuevo en la Iglesia puesto que, al menos desde hace muchísimos siglos, y acaso nos tendríamos que remontar a la era apostólica, la mujer no lo ha tenido.

(...) No es ningún secreto el decir que la Iglesia no ha hecho suyas las posibilidades de la mujer en su servicio a la Iglesia y que hoy aún está muy lejos de hacerlo¹⁰.

Osés recordaba, en ese sentido, lo escasas que eran las mujeres que ostentaban papeles de relevancia en organizaciones dentro del nivel parroquial, en instituciones diocesanas (por ejemplo, los secretariados) o en las organizaciones nacionales de la Iglesia o de la Curia romana. Esto se explicaba, según el prelado navarro, por el hecho de que los varones poseían los mecanismos para fomentar ese dominio dentro de la Iglesia al ser casi exclusivamente los adocotradores de la Iglesia, los que marcaban las corrientes de pensamiento en la comunidad cristiana y los que, en definitiva, fijaban las líneas de cualquier acción pastoral. Así que había llegado el momento de abrir nuevas vías de acción para las mujeres. ¿Cómo? A través de la creación de nuevos ministerios o servicios surgidos en la vida de la Iglesia, como era el caso de los catequistas, los animadores de distintos grupos y comunidades (así como de pastoral vocacional), los monitores de grupos juveniles de Iglesia, los grupos de pastoral sanitaria o los servicios de la organización católica *Cáritas*¹¹. De hecho, el pasado reciente había demostrado el

¹⁰ *BOOH*, núms. 9 y 10, septiembre-octubre de 1980, págs. 180 y 181.

¹¹ Aunque el fundador de *Cáritas* había sido un hombre (el abogado del Estado Jesús García Valcárcel), desde el primer momento habían sido las mujeres las que habían asumido el mayor protagonismo en las diferentes campañas *Pro-Caridad* y, en definitiva, en la labor de esta organización que cuenta ya con más de sesenta años de existencia. Véase al respecto José SÁNCHEZ JIMÉNEZ, *50 años de acción social. Cáritas Española (1947-1997)*, Madrid, Cáritas Española, págs. 47 y 48; y Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES, *De la Victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el "primer franquismo" (1939-1953)*, Barcelona, Laertes, 2003, págs. 164-166.

gran papel que muchas mujeres estaban haciendo dentro de la Iglesia, con una mención muy especial a las religiosas¹²:

Para la gente del pueblo suponen, además, el descubrimiento de la utilidad y necesidad de la vida consagrada en la Iglesia. Las religiosas son un testimonio vivo de encarnación, de servicio y de opción por los pobres. Favorecen la desclericalización de la Iglesia, sobre todo si trabajan unidos seculares, religiosas y sacerdotes. Y, en algunos casos, en estos ambientes, han surgido algunas vocaciones a la vida religiosa, promovidas, al menos en parte, por este testimonio de las nuevas presencias de las religiosas¹³.

Exactamente una década después volvería sobre este tema, aunque no lo tratara de manera expresa, sino dentro de un conjunto de cuestiones relacionadas con el compromiso social de la familia: uno de estos compromisos “naturales” era, a su juicio, “(...) la lucha por la igualdad de derechos de la mujer, tanto en la sociedad como en la Iglesia”¹⁴.

Osés y la comunidad gitana

Otro fenómeno que fue siempre muy importante dentro de la preocupación social de Javier Osés fue el de los colectivos marginados. De ahí que pronto pusiera sus ojos en la comunidad gitana que vivía en Huesca ciudad. Era para él todo un reto: no sólo porque se trataba de una minoría al margen de la sociedad, sino porque además era un colectivo que se sentía alejado de la Iglesia y, por tanto, no participaba en la vida de ésta. Ello explica el que decidiera crear una estructura específica (la Delegación Diocesana de Pastoral Gitana) que estuviera en contacto directo con las parroquias de la ciudad¹⁵. Debemos señalar que todo esto lo hizo Osés por iniciativa propia, y no tras haber llegado de manera previa a un acuerdo con la comunidad gitana: en otras

¹² Tema que él conocía en primera persona, pues tres de sus cuatro hermanas se habían dedicado a la vida religiosa. Josefina, tres años mayor que Javier, ingresaría en las franciscanas para desarrollar la mayor parte de su labor religiosa en Egipto, donde estuvo cinco décadas (falleció en abril de 2007); Margarita, que había optado por la Compañía de María, pasaría muchos años en Latinoamérica para después proseguir su labor en España, concretamente en Haro (La Rioja); y María Paz, que había sido también religiosa (Hijas de la Cruz) en Navarra y País Vasco, había abandonado el convento en 1972 (tras fallecer la madre de todos ellos, Rosa Flamarique) para acompañar a Javier Osés durante su tiempo en Huesca, estando con él hasta el momento mismo de su fallecimiento, que tuvo lugar el 22 de octubre de 2001.

¹³ *BOOH*, núm. 9 y 10, septiembre-octubre de 1980, ya citado, pág. 186.

¹⁴ *BOOH*, núm. 11 y 12, noviembre-diciembre de 1990, pág. 248.

¹⁵ Véase al respecto *BOOH*, núm. 7 y 8, julio-agosto de 1984, págs. 145-147.

palabras, se ofreció personalmente a ellos aún siendo consciente de que su respuesta podía ser negativa. El plan para integrar a los gitanos de Huesca ciudad fue por ello preparado con especial esmero. Consciente de que éstos requerirían de un tratamiento pastoral más largo y más dentro de un contexto específicamente gitano, el obispado encabezado por Osés promulgó una serie de normas que fueron divididas en dos elementos fundamentales: por un lado, el procedimiento, y, por otro, la jurisdicción.

Comencemos por el procedimiento: si llegaba a una parroquia concreta el caso de una familia que se encontraba totalmente desconectada de la realidad eclesial, los sacerdotes de dicha parroquia debían comunicarlo al Delegado Diocesano de Pastoral Gitana, o indicarle a la familia de gitanos los pasos que debían dar para conectar con la Delegación Diocesana. Si lo que sucedía era que a la Delegación Diocesana de Pastoral Gitana se le presentaba algún caso semejante sin haber pasado con anterioridad por la respectiva parroquia a la que pertenecía la familia gitana, entonces dicha delegación debería comunicárselo a los sacerdotes de esa parroquia. Una vez puesta en contacto la familia gitana, la parroquia y la Delegación Diocesana de Pastoral Gitana, ésta última se encargaría del tratamiento pastoral necesario: catequesis prebautismal, para padres y padrinos; catequesis prebautismal de adultos; catequesis de primeras comuniones de adultos; catequesis prematrimoniales; preparación del expediente matrimonial; y celebraciones, si procedía, tanto en las parroquias, en día y hora convenida con los sacerdotes responsables de las mismas.

Prosigamos con la jurisdicción. Al respecto se informaba que en ningún caso quedaría constituida una parroquia personal, sino que el Delegado Diocesano de Pastoral Gitana prepararía el expediente matrimonial, con conocimiento de la correspondiente parroquia. En caso de que hubieran de realizarse amonestaciones, éstas se harían en la parroquia de la familia gitana, y el Delegado Diocesano de Pastoral Gitana facilitaría los datos para las proclamas. Una vez que fuera celebrado el bautismo o la boda, la partida se inscribiría en los libros de la parroquia correspondiente, o en los de la parroquia en cuya demarcación se hubiera celebrado la boda. En otras palabras, se buscaba regularizar la vida religiosa de la comunidad gitana en un colectivo que tradicionalmente había actuado al margen de la sociedad civil.

Es difícil comprobar hasta qué punto se produjo una integración real de los gitanos en la vida diocesana de Huesca. Pero sí tenemos constatado que Osés ganó el respeto de la comunidad gitana, que, por primera vez en la Historia de la Iglesia en

Huesca, estuvo presente en las exequias del prelado navarro que tuvieron lugar en la propia ciudad de Huesca.

El problema de la inmigración

En todo caso, Osés tenía muy claro que el problema de la exclusión social no se circunscribía exclusivamente a la etnia gitana. En España se observaban actitudes de intolerancia hacia otros colectivos, como era el de los inmigrantes, algo que resultaba francamente paradójico en un país que hasta hacía poco había sido foco de emigración. En ese sentido, Osés conocía de cerca la realidad de los inmigrantes, pues había estado años antes en Suiza visitando a una colonia de emigrantes españoles. Si a ello se le añadía su natural sensibilidad social, entonces su reacción no podía ser más que denuncia ante lo que era algo cotidiano:

Somos intolerantes cuando no aceptamos a los extranjeros que vienen de sus países pobres en busca de solucionar el problema de su vida y la de su familia, porque su presencia nos quita puestos de trabajo y porciones de nuestro bienestar.

¿Qué pensamos cuando a los emigrantes españoles los tratan de esa manera?

Manifestamos intolerancia cuando expresamos nuestro rechazo a los que no son de nuestra raza o cultura, como son los venidos de África, los gitanos, ante quienes adoptamos unas actitudes iniciales de prevención y en nuestra mente, proyectos y normativa los situamos fuera porque amenazan nuestras posiciones adquiridas en el disfrute de bienes.

O cuando a los enfermos de SIDA, a los presos, no queremos verlos en los espacios de nuestra sociedad, sino pedimos que los alejen a otros lugares con tal que no sean los nuestros.

O cuando pensamos que somos de raza superior o que nuestra posición social nos sitúa en otro nivel o cultivamos nacionalismos excluyentes.

Reconozcamos que estos hechos y situaciones son, entre nosotros, el pan de cada día¹⁶.

¹⁶ BOOH, núm. 2, marzo-abril de 1995, págs. 39 y 40.

Sólo un mes después volvería sobre el mismo tema, recordando en esta ocasión que no sólo los españoles habían emigrado en su momento, sino que también generaciones enteras pertenecientes a países europeos “punteros” (caso de Alemania, Francia o Reino Unido) se habían visto obligadas en su momento a emigrar a ultramar, buscando un nuevo horizonte vital:

Hoy emigran masivamente las gentes que no pueden encontrar en sus respectivos países una posibilidad para vivir con el mínimo de dignidad de la persona.

Es el caso de muchas repúblicas de África, de algunos estados de Asia y de los países de América del Centro y del Sur.

Emigran quienes no tienen trabajo, quienes no pueden vivir con unos mínimos de dignidad.

Es lo que ha sucedido en España, país emigrante si los hay, saliendo en un tiempo hacia América y, en los años 60, hacia Europa.

Y es lo que ha sucedido en Europa, en la que millares de europeos han salido hacia América, sobre todo; pero con otra mentalidad: la de enriquecerse en los países donde el desarrollo económico estaba todavía en proceso rudimentario.

Esto es un dato que no podemos olvidar a la hora de enjuiciar a los emigrantes que llegan hasta nosotros¹⁷.

Es más, no podía mirarse para otro lado cuando se era consciente de la actitud claramente contradictoria que había en el *Primer Mundo*: no se quería dejar entrar a inmigrantes para que pudieran encontrar trabajo, pero se había organizado la actividad económica de tal manera que los países ricos dominaban a los pobres y creaban a estos problemas laborales y de otra índole que les obligaban a tener que marchar a las naciones ricas en busca de trabajo; tampoco se deseaba admitir a nuevos ciudadanos para preservar el bienestar de la población nativa, pero, sin embargo, si se trataba de personas que aportaban grandes capitales (como, por ejemplo, los deportistas de élite),

¹⁷ BOOH, núm. 5, noviembre-diciembre de 1995, pág. 184.

entonces la puerta siempre estaba abierta. Y así tantas y tantas contradicciones que eran contempladas por muchos con normalidad, pero que Osés denunciaba abiertamente¹⁸.

Marginación y pobreza. La justicia social como eje central del pensamiento de Javier Osés

Por otra parte, el Obispo de Huesca consideraba que existía una vinculación directa entre el fenómeno de la marginación y el de la pobreza. De hecho, cuando tuvo lugar el *VIII Encuentro del Clero Aragonés* (mayo de 1989, Seminario Metropolitano de Zaragoza), el Obispo de Huesca fue uno de los mayores interesados en que el tema central de dicho evento fuera la cuestión de la pobreza y de la marginación. Cuestión que, por cierto, en el caso de Aragón resultaba preocupante, pues uno de cada cinco habitantes vivían por debajo del umbral de la pobreza¹⁹.

Uno de los textos de mayor calado social (en clara interrelación con la economía) que escribió Osés durante su etapa como Obispo de Huesca fue el titulado *El compromiso social de la familia* (finales de 1990). Debemos recordar que sólo un año antes había caído el Muro de Berlín y con él se había producido el desmoronamiento del comunismo, que a partir de entonces sólo perviviría en lugares marginales como Corea del Norte o Cuba. Ello produjo una notable sensación de “gozo” en ambientes favorables al capitalismo, pues, tras tantos años de confrontación ideológica entre comunismo y capitalismo, éste último había sido capaz de pervivir. Sin embargo, a Javier Osés seguía sin convencerle el sistema capitalista, ya que consideraba que aportaba poco o nada en el capítulo de la justicia social, que para él constituía el tema central de la vida humana. Él seguía considerando que la sociedad mundial no podía conformarse con pequeños cambios, sino que debía exigir auténticas transformaciones estructurales: sólo desde estas transformaciones podría lograrse que los hombres pudieran asumir compromisos tan importantes como el de formar una familia. Escribió:

(...) el compromiso social nutre la unidad conyugal, facilita y enriquece la intercomunicación y el diálogo entre vosotros, y potencia el compromiso social.

¹⁸ Véase al respecto *Diario del Alto Aragón*, 7-2-1999.

¹⁹ Dentro de las tres provincias de la Comunidad Autónoma de Aragón, Teruel presentaba las peores cifras (23.3%) y Zaragoza, las mejores (19.4%). Huesca quedaba a mitad de camino, pero su 22.2% le acercaba más al primer caso que al segundo. Teniendo en cuenta que la diócesis de Huesca abarca la zona más pobre de la provincia, posiblemente la realidad que rodeara a Osés fuera más negativa de lo que en un principio pudiera parecer. Todos estos datos fueron publicados en *BOOH*, núm. 5 y 6, mayo-junio de 1989, pág. 115 y 116.

(...) Cuando se os llama “familia doméstica” no la entendáis, ni viváis como una experiencia de carácter intimista, cerrada en las paredes del hogar, sino como lo que es la Iglesia, a la que representáis: Luz de las gentes, Iglesia para el mundo y para el Reino, para la misión y para la evangelización.

(...) Aunque hay problemas familiares que sólo se pueden abordar con eficacia si se logra la transformación de algunas de las estructuras de nuestra sociedad.

Por ejemplo: cómo dar respuesta al deseo legítimo de muchos jóvenes de acceder al matrimonio, si no hay una solución digna al problema de la vivienda o del trabajo estable y bien retribuido.

La vivienda y el trabajo son problemas previos estructurales, de política laboral, económica y social.

En esta realidad, el compromiso familiar está directa e inseparablemente vinculado al compromiso de transformación de algunas estructuras fundamentales de la sociedad.

En el fondo, y no lo podemos olvidar, hemos de reconocer que dentro del actual sistema neocapitalista, que es el nuestro, no es fácilmente pensable una solución digna, de carácter de bien común, a muchos problemas sociales.

El sistema neocapitalista está a favor de unos intereses particulares, dejando de lado a los sectores más necesitados de la sociedad.

En todo caso, los cristianos no podemos dar el visto bueno a este sistema, ni apoyarlo, aunque se diga que es el menos malo, sino que debemos, al menos y como mínimo, en los casos concretos, reclamar justicia ante la injusticia, sobre todo de los más débiles²⁰.

La acendrada defensa que Javier Osés hizo de la justicia social partía de una interpretación de las Sagradas Escrituras: la vida, el mundo y las cosas que rodeaban al hombre quedaban integrados dentro de la fe en Cristo, una fe que se basaba en el proyecto de la vida nueva del Reino de Dios: “Esta es la síntesis y el meollo del

²⁰ *BOOH*, núms. 11 y 12, noviembre-diciembre de 1990, ya citado, págs. 246-248.

Evangelio, lo decisivo y decisorio del destino eterno del hombre, su verdad o su mentira, y el contenido del juicio final del Historia (Mt. 25, 31-46)”²¹. Sin la fe, que suponía el reconocimiento y aceptación explícita de Dios, de Jesucristo, no podía haber un auténtico compromiso cristiano. Ahora bien, si esa fe realmente existía, entonces ello debía conducir al ser humano a un compromiso ineludible con el resto de los seres humanos, no habiendo lugar ni para la “neutralidad” ni para la indiferencia. Osés no pudo ser más claro en su mensaje y, en definitiva, en su llamada al compromiso de todos:

Ante las múltiples situaciones en las que el hombre es injustamente maltratado, no podemos ser neutrales ni indiferentes, porque todo hombre es hijo de Dios y hermano nuestro.

No es indiferente el que millones de familias estén muriendo de hambre, el que tengan o no trabajo, el que los hijos reciban esta o aquella educación.

La neutralidad es, en la práctica, la toma de posición a favor de la deshumanización, de la violación del auténtico proyecto del hombre.

Desde que resuena en nuestro corazón la profesión de fe de que todos los hombres son mis hermanos, no podemos ser neutrales.

Y quien asume esta opción, consecuencia de su fe, ha iniciado el proceso acertado del compromiso social.

Y es que la persona para vivir según su dignidad, es acreedora a un conjunto de bienes y valores materiales, culturales, morales y espirituales. Y trabajar para que se vayan creando unas condiciones sociales en las que todos los hombres puedan disfrutar de esos bienes, es ya comprometerse²².

Lo cierto es que la Humanidad inició la última década del siglo XX no sólo sin haber solucionado el problema de la justicia social, sino incluso habiendo profundizado en éste, mostrando actitudes claramente deshumanizadoras. Así lo volvió a denunciar el Obispo de Huesca:

²¹ *Ibidem*, pág. 239.

²² *Ibidem*, págs. 239 y 240.

A estas alturas de la historia de la humanidad, cuando nuestras sociedades, sobre todo de occidente, se vanaglorian de su progreso: cuando la proclamación de los derechos humanos ocupa el lugar principal en todas las Constituciones que rigen la vida de los pueblos y de las relaciones internacionales, parece que el problema de la justicia debería estar fundamentalmente resuelto.

Y sin embargo, hemos de reconocer con rubor y confesar con vergüenza que las flagrantes injusticias conviven con las sonoras proclamaciones de defensa de los derechos humanos y de la dignidad de las personas.

Hemos llegado hasta tal punto que ya ha quedado oficialmente constituida en nuestro mundo la división entre Primero y Tercero mundo, países del Norte y del Sur.

Y dentro de las sociedades de la opulencia, hemos creado lo que llamamos el Cuarto Mundo, el colectivo formado por los sectores de la marginación derivada de las grandes injusticias sociales de los países ricos²³.

Sin embargo, el prelado navarro no aceptaba que el hombre se dejara llevar por lo que él denominaba “fatalismo”, es decir, por no rebelarse contra toda la injusticia que veía a su alrededor. Había que comenzar a actuar, y actuar con decisión. Los auténticos cristianos no podían conformarse con la práctica sacramental, sino que debían plantar cara a las desigualdades: sólo así el ser humano podría “liberarse” de todo aquello que le oprimía. Una “liberación” que podría acarrearle graves problemas, pero a la que no podía renunciar:

En un mundo dominado por tantas y tan graves injusticias y violaciones de derechos humanos fundamentales, la salvación traída por Jesucristo debe ser manifestada por los cristianos, sobre todo, en una de las categorías usadas por el Nuevo Testamento: la liberación.

Liberación integral del hombre y de todos los hombres.

Los hombres de nuestro tiempo no dan apenas crédito a las palabras y mensajes, si no aportan realmente liberación de los males que aquejan al hombre.

²³ *BOOH*, núms. 3 y 4, marzo-abril de 1991, págs. 75 y 76.

Con esta actitud tiene mucho que ver el desencanto de esta generación postmoderna, escéptica ante los grandes relatos y elocuentes discursos, las promesas incumplidas y las utopías tan maltratadas.

El hombre actual quiere hechos concretos y que realmente sean compromiso a favor del hombre, de su liberación, de una mayor justicia social y defensa más decidida de los derechos humanos.

Es la hora de prepararse a ser perseguido a causa de la justicia.

Nuestras comunidades y parroquias deberán plantearse su programación pastoral contando, en primer lugar, con los más pobres y marginados de sus respectivos ambientes y teniendo presentes a los pobres del mundo.

Planteamiento difícil, que exige mucho valor, que no será bien visto por algunos de los bienpensantes de las comunidades cristianas que lanzarán al viento los interrogantes de la sospecha²⁴.

No debe extrañarnos por tanto que fuera precisamente en Huesca donde se celebraran las *Jornadas Nacionales de Teología de la Caridad* (mayo de 1993), unas jornadas donde participaron alrededor de 350 personas pertenecientes a 40 diócesis españolas y de donde salió una *Declaración final* en la que se exigía una lucha decidida a favor de la erradicación de la pobreza y de la marginación²⁵.

Como si las palabras de Osés hubieran sido proféticas, fue precisamente por aquellas fechas cuando se puso en marcha por toda España la *Plataforma del 0.7%*, cuyo fin era pedir al Gobierno español que todos los años destinara, para proyectos de desarrollo en el Tercer Mundo, el 0.7% de su *Producto Interior Bruto* (P.I.B.). El Obispo de Huesca se felicitó no sólo por el hecho de que se hubiera dado una iniciativa de este tipo, sino porque también participaran en ella personas no cristianas pero que sentían en su interior la necesidad de ayudar a los demás:

Por fin está encendiendo la luz un grupo de hombres y mujeres, muy conscientes de la terrible injusticia con el Tercer Mundo, que nosotros la mantenemos y de la que somos directamente causantes y culpables; y han puesto manos a la obra.

²⁴ *Ibidem*, págs. 89 y 90.

²⁵ *BOOH*, núm. 5 y 6, mayo-junio de 1993, pág. 100.

Me atrevo a decir que aunque en la Plataforma haya personas que no sean creyentes, todas ellas están cumpliendo la verdad del mandamiento cristiano: amar con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente, con todo el ser.

Con un amor así, tan concreto, vivo, real y sincero, van llegando a unas metas que hasta ahora, al menos en un nivel tan amplio y de tan hondo calado, no habíamos conocido.

Y lo admirable y original es que piden, sufren y se mueven por los otros, no para sí mismos.

(...) Defensa de derechos en el que están apiñadas personas de toda clase, edad y condición; de toda ideología y religión, pero que se sienten vinculadas por una causa común que no admite sombra de sospecha: el salvar la vida de los más pobres y empobrecidos de la tierra²⁶.

Conclusiones

Javier Osés falleció a comienzos de 2001 dejando tras de sí un legado de fuerte compromiso social. En ese sentido, no se trataba de un caso único dentro de su generación episcopal. Hubo un buen número de obispos que habían sido elegidos por Pablo VI para poner en práctica la vocación profundamente social que había inspirado el Concilio Vaticano II y, sobre todo, su encíclica ya citada *Populorum progressio*. Algunos, como Javier Azagra (Cartagena-Murcia), Gabino Díaz Merchán (Oviedo), Rafael Bellido (Jerez), Ramón Echarren (Las Palmas) o el propio Javier Osés, lo hicieron en sus propias diócesis. Otros, como es el caso del agustino Nicolás Castellanos (Palencia), optaron por renunciar a su mitra y marchar a las misiones. Y alguno, como Victorio Oliver (Orihuela-Alicante), optó por una vía intermedia: primero, impregnar de un claro sentido social a su labor episcopal mientras estuvieron al frente de un obispado; luego, y una vez aceptada su renuncia episcopal, marchar a Latinoamérica para vivir entre los más necesitados.

En todos ellos había un claro sentido del Evangelio como una opción por la pobreza, por el servicio hacia los que nada tienen. En el caso de Javier Osés, los altoaragoneses supieron apreciar esta labor y hoy día tiene en Huesca capital una calle

²⁶ *BOOH*, núm. 11 y 12, noviembre-diciembre de 1994, págs. 267 y 268.

en su memoria, calle que, por cierto, está en el lugar donde probablemente a él más le hubiera gustado que estuviera: en un barrio de viviendas de protección social. Porque sólo así, como dijo el propio Osés, podía ponerse de manifiesto la fe en Dios y, por tanto, el compromiso social. Compromiso que, en su caso, fue una permanente realidad que convirtió a su tiempo como Obispo en Huesca en su seña personal de identidad.